

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Del amor al padre y otras ambigüedades

Autor/es:
Montiel, Alejandro

Citar como:
Montiel, A. (1999). Del amor al padre y otras ambigüedades. La madriguera.
(15):61-61.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41748>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Del amor al padre y otras antigüedades

Mulan

Barry Cook y Toni Bancroft
USA, 1998

Creo que se trata de un espléndido film animado. Así que permitirán ustedes a este crítico que, por una vez, escriba desde el entusiasmo. (Todos aquellos que detesten las producciones Disney pueden dejar de leer lo que sigue desde este mismo momento).

Acto I. Los hunos rebasan la Muralla China. El emperador se dispone a hacerles frente. Mientras tanto, en una aldea remota, Mulan no pasa las pruebas para ser declarada candidata al matrimonio. Su padre, un hombre bueno y cojo, es reclutado. Ella lo sustituye, disfrazada de hombre. Si la descubren, la matarán. El consejo de ancianos muertos de la familia le envía la dudosa ayuda de un dragoncete que parece una lagartija. Un grillo de la buena suerte se ha hecho inseparable de la audaz muchacha.

Acto II. En el minuto treinta aparece el joven capitán que, deducimos inmediatamente, será el chico. Por lo tanto (situación clásica) *chica* (disfrazada de chico) encuentra *chico*. En una secuencia de montaje notable, al compás de una música estupenda, la inútil jovencita vence los obstáculos de una dura instrucción encaminada a convertirla en un soldado recio. Luego, gracias a su ingenio, salva al capitán y logra anegar en un alud de nieve al ejército invasor, pero es herida y se descubre la impostura.

La Ley obliga a ejecutarla, pero es indultada por el capitán. La muchacha y el voluntarioso y ridículo dragón (que también es un impostor, pues ha suplantado al poderoso dragón

oficial que debía ayudar a Mulan) se confiesan mutuamente. Ambos han fracasado. El grillo dice algo en su incomprensible lengua: "¿Cómo? ¿Tú tampoco eres un grillo de la buena suerte?", traduce el dragón. Y luego, desesperado, añade, dirigiéndose al caballo de Mulan: "Y ¿tú qué? ¿No serás una oveja?"



Acto III. La historia se relanza. De nuevo Mulan actúa, vence al malo, salva al emperador y salva a China.

El emperador la colma de honores. Mulan vuelve a casa y entrega los trofeos a su padre. Éste los desdeña y abraza a su hija.

En ese maravilloso momento, todo el público de la sala, que se había reído hasta entonces de lo lindo, lloró.

Hay que advertir, no obstante, que todo

el público de la sala, el jueves 21 de enero de 1999 en el Club Doré de Barcelona, a las cuatro de la tarde, estaba compuesto por una amiga mía y yo. ¿No había en tiempos de Franco una normativa que impedía proyectar una película si no se reunían en la sala al menos tres personas?

Película exótica (con todas las falsificaciones propias del exotismo), breve y minuciosa, de un ritmo excelente y de preciosos colorines, *Mulan* mantiene muy alto el pabellón de la casa Disney. Habla (cómo no) de la lealtad al padre. Es la historia de una mujer que ama a su padre y es correspondida. Por muy moderna y progresista que esta pe-

lícula haya parecido a los pelmazos de siempre, a mí (a nosotros) nos pareció que nos tocaba la fibra sensible con los sentimientos más antiguos del mundo. Y que lo hacía muy bien. Sin trampas ni cartón. Por eso reímos, por eso lloramos. Porque, en definitiva, nos gusta, como a los niños, escuchar el mismo cuento una y otra vez.

Alejandro Montiel